

las enaguas de su madre desaparecieron en el cuartito del otro hombre, en frente de ella. La chica estaba seria y abría unos ojazos de niña viciosa, encendidos por una curiosidad sensual.

IX

Aquel invierno, mamá Coupeau por poco espichá en un acceso de asma. Cada año, en diciembre, ya se sabía que su asma le hacía guardar cama durante dos ó tres semanas. Ya no era una muchacha de quince, pues iba á cumplir sus setenta y tres el día de San Antonio. Con esto, muy zancarrona, cansándose por una nimiedad, aun cuando gruesa y gorda. El médico anunciaba que el mejor día se largaría al otro barrio tosiendo, en un decir: «¡Buenas noches, Juanita; se apagó la luz!»

Cuando guardaba cama mamá Coupeau, se volvía mala, como la sarna. Hay que decir que el gabinete donde dormía con Naná, no tenía nada de alegre. Entré la cama de la niña y la suya no había más espacio que para dos sillas. El papel de las paredes, un rancio papel gris despintado, caía en jirones. La ventanilla redonda contigua al techo daba paso á una claridad opaca y ruin, cual de bodega. Muy pronto se volvía uno viejo allí dentro, sobre todo si éste era una persona que no pudiese respirar. Por la noche, cuando le atacaba el insomnio, escuchaba la respiración de la niña, y esta era una distracción. Pero de día, como quiera que no siempre podían hacerle compañía, refunfuñaba, lloriqueaba y repetía á sus solas, horas enteras, moviendo de uno á otro lado la cabeza en su almohada:

—¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Sí, me dejarán morir como en un calabozo!

Y cuando la visitaban Virginia ó la señora Boche,

preguntándole cómo seguía de salud, no les contestaba y empezaba la retahíla de sus lamentaciones.

—¡Ah! ¡muy caro es el pan que como en esta casa! ¡No! ¡no sufriría tanto en casa de unos extraños!... Mirad; he pedido una taza de tisana y ¡qué han hecho? me han traído lleno de tisana un puchero, como para echarme en cara que bebo demasiado... En cuanto á Naná, esa muchacha á quien he criado, se larga descalza por la mañana y ya no la vuelvo á ver. Diríase que huye de mí, como si yo oliese mal. Sin embargo, por la noche, se duerme á pierna suelta y no se levanta ni una sola vez para preguntarme si me duele algo... En una palabra, les estorbo y esperan que espire. ¡Oh! no tardaré en hacerlo. Ya no tengo hijo; esa maldita planchadora me lo ha robado, y me pegaría y acabaría conmigo si no le tuviese miedo á la justicia.

Gervasia, en efecto, mostrábase algo ruda en ocasiones. El establecimiento decaía, á todo el mundo se le agriaba allí el carácter, y unos y otros se mandaban noramala á la primera palabra. Una mañana Coupeau, que había saltado de la cama con un gran dolor de cabellos (1) exclamó: «¡Esa vieja siempre dice que se va á morir y no se muere nunca!» Frase que hirió á mamá Coupeau en lo más hondo de su corazón. Se le reprochaba lo que costaba, y se le decía con la mayor tranquilidad que si estuviese muerta se economizaría mucho. Verdad es que no se portaba como hubiera debido, pues cuando veía á su hija mayor, la señora Lerat, lloraba lástimas, acusando á su hijo y á su nuera de que la dejaban morir de hambre, y todo ello era para sacarle una moneda de veinte sueldos, que luego se gastaba en golosinas. También murmuraba abominablemente con los Lorilleux, diciéndoles que sus diez francos se gastaban en caprichos de la planchadora, en gorros nuevos, en pastelillos devorados á escondidas y en cosas todavía más sucias, que no se atrevía á nombrar. Por dos ó tres veces, faltó poco

(1) Generalmente los borrachos, al día siguiente á sus bacanales, sienten un dolor especial en la raíz de los cabellos.

para que hiciese andar á golpes á toda la familia. Ora se confabulaba con unos, ora con los otros; en una palabra, aquello era un llo continuo.

En lo fuerte de su crisis, aquel invierno, una tarde que las señoras Lorilleux y Lerat estaban delante de la cama, guiñó los ojos mamá Coupeau para que se inclinasen. Apenas podía hablar. Y en voz baja y fatigosa les dijo:

—¡Esto ya pasa de indecente!... Les he oído esta noche... Sí, sí, á la Banbán y al sombrerero... Y hacían un ruido... ¡Bonito le ponen á Coupeau!... ¡Habrá marranos!...

Y refirió, en frases cortas, tosiendo y ahogándose, que su hijo debió llegar borracho como una cuba, la vispera. Y como no podía dormir con su sofocación, había llegado perfectamente á su oído todos los rumores, el andar de la Banbán descalza por el suelo, la voz silbante del sombrerero que la llamaba, el ruido de la puerta de comunicación empujada suavemente y todo lo demás. La función debía haber durado hasta el amanecer, aun cuando no sabía precisamente hasta qué hora, porque, á pesar de sus esfuerzos, había acabado por quedar aletargada.

—Lo más asqueroso es que Naná hubiera podido oírles—continuó.—Precisamente ha estado muy inquieta toda la noche, cuando habitualmente duerme como un leño; agitábase de un lado para otro, revolcándose, como si estuviese acostada sobre ascuas.

Las dos mujeres no manifestaron la menor sorpresa.

—¡Pardiez!—murmuró la señora Lorilleux.—Eso debe haber comenzado desde el primer día... Desde el momento en que á Coupeau le agrada, no hemos de mezclarnos en ello... Sin embargo, la cosa nada tiene de honroso para la familia.

—Yo, si me encontrase allí—explicó la señora Lerat, mordiéndose los labios,—les asustaría gritando, por ejemplo: «¡Te ve!» ó bien «¡Que vienen los gendarmes!...» La criada de un médico me ha contado que su amo le había dicho que un susto como ese podía dejar muerta de repente á una mujer en cierto momento. Y si Gervasia se quedaba en el sitio ¡tanto mejor! así se vería castigada por donde más ha pecado.

En breve supo el barrio entero que cada noche Gervasia iba á reunirse con Lantier. La señora Lorilleux, ante las vecinas, aparentaba una gran indignación: compadecía á su hermano, á ese Juan Lanás á quien su mujer pintaba de amarillo de cabeza á pies, y á creerla, si continuaba entrando en semejante lupanar era únicamente por su pobre madre, que se veía obligada á vivir entre tamañas abominaciones.

Entonces, el barrio todo se desató contra Gervasia. Por fuerza era ella la que había maleado al sombrerero. Se le conocía en los ojos. Sí, á pesar de los chismes, el maldito cazurro Lantier continuaba adulado, porque seguía tratando como persona finamente educada á todo el mundo, andando por las aceras embebido en la lectura de un periódico, atento y galante con las damas, para las cuales tenía siempre pastillas y flores. ¡Dios mío! él hacía su oficio de gallo; un hombre es un hombre, y no puede exigirsele que se resista á las mujeres que se abalanzan á su cuello.

Mas ella no tenía excusa alguna, pues deshonraba la calle de la Goutte d'Or. Y los Lorilleux, en su cualidad de padrino y de madrina, atraían á Naná á su casa para adquirir detalles. Cuando la interrogaban de una manera indirecta, la moza adoptaba un aire estúpido y contestaba ocultando la llama de sus ojos bajo sus anchos párpados.

En el seno de aquella indignación pública vivía Gervasia tranquila, fatigada y un tanto adormecida. Al principio encontró culpable, indecente y hasta sintió repugnancia contra sí misma. Cuando salía del cuarto de Lantier lavábase las manos, humedecía una toalla y se restregaba los hombros hasta casi despellejarlos, como para limpiar su porquería. Si á Coupeau se le antojaba entonces bromear, enojábase y corría tirando á vestirse en un rincón de la tienda, y tampoco toleraba que Lantier la tocara cuando su marido acababa de besarla. Hubiese querido cambiar de piel al cambiar de hombre. Empero, lentamente, fuése acostumbando. Era fatigoso por demás el lavarse cada vez. Sus perezas aumentaban su molicie, y su deseo de ser feliz le hacía sacar toda la dicha posible de sus embrutecimientos. Era complaciente para sí misma

y para los demás, procurando únicamente arreglar las cosas de manera que nadie se aburriese demasiado. Con tal que su marido y su amante estuviesen contentos, que la casa anduviese su marcha regular, que pudiesen regalarse desde por la mañana hasta por la noche, engordando, satisfechos de la vida y pasándola sin disgustos, no había, en verdad, de qué quejarse. Después, en resumidas cuentas, no debía ser tan malo lo que hacía, puesto que todo se arreglaba tan bien, á gusto de cada cual; ordinariamente, el que obra mal sale castigado. Entonces, su desvergüenza se trocó en hábito. Pero ahora la cosa marchaba á compás, como el comer y el beber; cada vez que Coupeau regresaba borracho, pasaba ella al cuarto de Lantier, y esto acontecía, por lo menos, los lunes, los martes y los miércoles de cada semana. Compartía sus noches. Y hasta concluyó, cuando el plomero roncaba demasiado, por dejarle en la mitad de su sueño, yéndose á acabar tranquilamente el suyo sobre la almohada del vecino. Y no es que sintiese más cariño por el sombrerero; nada de eso: es que le encontraba más limpio, es que descansaba mejor en su cuarto, donde parecía que tomaba un baño. En una palabra, era como las gatas; que tan aficionadas son á hacer la rosca sobre la ropa blanca.

Mamá Coupeau nunca se atrevió á hablar de esto explícitamente. Empero, después de alguna disputa en que la maltratase la planchadora, no escatimaba las alusiones. Decía que conocía á hombres soberanamente necios y á mujeres soberanamente bribonas, y masculaba otros motes más significativos, con la sal y pimienta de antigua chalequera. Las primeras veces, Gervasia la había mirado fijamente, sin contestarle. Después, á la vez que evitando por su parte precisar hechos, defendióse con generalidades. Cuando una mujer tenía por marido un borrachón, un cochinito enenagado en la inmundicia, era muy digna de excusa si buscaba la limpieza en otra parte. Y aún adelantaba el discurso, dando á entender que Lantier era tan marido suyo como Coupeau, y tal vez más marido que éste. En efecto, ¿no le había conocido á los catorce años? ¿no había tenido dos hijos con él? Pues bien,

en tales condiciones todo se perdonaba, y nadie podía arrojarle la primera piedra. Alegaba encontrarse dentro de las leyes de la naturaleza, y decía que no la fastidiasen, porque iba á mandar á paseo á todo el mundo. ¡Vaya una vecindad limpia la de la calle de la Goutte d'Or!

La mujercita Vigoroux, haciendo la cabriola, desde la mañana hasta la noche, sobre su carbón; la señora Leongre, la mujer del droguero, acostándose con su cuñado, un baboso que ni con tenazas podía cogerse; el relojero de enfrente, aquel señor tan acicalado, llevado ante los tribunales por una abominación, un incesto con su propia hija, una desvergonzada que «hacía la carrera.» Y con ademán airado desmenuzaba el barrio entero, teniendo tela para una hora con sacar á relucir la ropa sucia de todas aquellas gentes que se acostaban como animales, hacinados, padres, madres, hijos, revolcándose en su inmundicia. ¡Ah! ¡qué de cosas sabía! Sí; la gorrinería rezumaba por todas partes, apestando las casas de los alrededores! Sí, sí, hombres y mujeres eran igualmente limpios en aquel rincón de París, donde vivían unos encima de los otros, á causa de la miseria. Y si se machacasen juntos en un mortero los dos sexos, obtendríase por residuo el estiércol necesario para abonar todos los cerezos de la llanura de Saint-Denis.

—Mejor harían no escupiendo al cielo, para que no les cayese saliva en la cara—gritaba cuando la sacaban de sus casillas.—Cada cual en su casa, ¿no es así? Dejen vivir á las gentes de bien como les plazca, si quieren que les dejen vivir á su gusto... Por mi parte, encuentro que todos obran bien, pero á condición de que no me arrastren por el arroyo gentes que por él pasan de cabeza.

Y un día que mamá Coupeau se mostró más explícita, le contestó, apretando los dientes:

—Os aprovecháis de que estáis en cama... ¡No tenéis razón; ya veis que soy prudente, pues nunca os he echado en cara vuestra vida pasada! Y, sin embargo, sé que ha sido de historia, con dos ó tres hombres á la vez, en vida del señor Coupeau... ¡No, no tosáis, he concluido de hablar! ¡Y si os digo tales

cosas es para pedirlos que me dejéis en paz, y nada más!...

A punto estuvo de ahogarse la anciana al oír esto. Y al siguiente día, cuando Gouget fué á buscar la ropa de su madre estando ausente Gervasia, le llamó y le retuvo sentado un gran rato en la cabecera. Conocía perfectamente el cariño del herrero, y hacía algún tiempo que le veía sombrío y apesadado con la sospecha de las feas cosas que ocurrían. Y, para murmurar, para vengarse de la disputa de la víspera, le descubrió la verdad desnuda, lloriqueando y quejándose, como doliéndole en el alma la mala conducta de Gervasia. Cuando Gouget salió de su cuarto, apoyábase en las paredes, destrozado el corazón. Después, al regresar la planchadora, gritóle mamá Coupeau que la estaban esperando en casa de la señora Gouget con la ropa planchada ó sin planchar; y esto lo dijo con tal animación, que Gervasia olió los chismes y además la triste escena y el terrible disgusto de que estaba amenazada.

Muy pálida y profundamente desalentada puso la ropa en un cesto y salió. Desde hacía años no había devuelto un sueldo á los Gouget. La deuda ascendía siempre á cuatrocientos ochenta y cinco francos. Cada vez tomaba el importe del planchado, hablando de sus apuros. Esto la avergonzaba en grado sumo, pues parecía como si se aprovechase del cariño del herrero para burlarse de él. Coupeau, menos escrupuloso actualmente, se reía, diciendo que el herrero debía haberse cobrado en abrazos y que estaba cancelada la deuda. Mas Gervasia, á pesar de sus relaciones con Lantier, se indignaba y preguntaba á su marido si ya quería comer de semejante pan. No podía hablar mal de Gouget ante ella; su ternura por el herrero la conservaba como los restos de su honor. Así, pues, cada vez que llevaba la ropa á casa de estas buenas gentes, oprímasele el corazón en cuanto empezaba á subir la escalera.

—¡Ah! ¡por fin llegasteis!—dijole secamente la señora Gouget al abrirle la puerta.—Cuando necesite la muerte os enviaré á buscarla.

Gervasia entró, perpleja, sin ni siquiera atreverse á

balbucear una excusa. Ya no era tan exacta como antes, nunca llegaba á la hora fijada y á veces hacíase esperar semanas enteras. Poco á poco iba abandonándose á un gran desorden.

—Hace ya una semana que os aguardo—continuó la encajera.—Y vos, miente que mentirás, enviándome la aprendiz con embustes de que estáis ocupada con mi planchado, que me lo entregaréis por la noche, ó bien que ha ocurrido un percance, que el lío se ha caído por casualidad en un cubo de agua. Y yo, entre tanto, me paso el día entero sin ver llegar mi ropa y devanándome los sesos en conjeturas. No; ya no sois juiciosa... Veamos, ¿qué traéis en ese cesto? ¿vendrá todo, al menos? ¿me traéis el par de sábanas que os entregué hace un mes, y la camisa que quedó atrasada en el último planchado?

—Sí, sí—murmuró Gervasia;—ahí está la camisa. Tomad.

Pero la señora Gouget lanzó una exclamación. Aquella camisa no era suya, y no la quería. Le cambiaban la ropa, ¿podía darse mayor desfachatez? Ya la semana anterior había recibido dos pañuelos que no tenían sus iniciales, cosa nada apetitosa; ¡ropa procedente de no se sabe quién! á más de que, como debía suponerse, cada cual quiere lo suyo.

—¿Y las sábanas?—repitió.—Perdidas, ¿verdad?... Pues bien, hija, arregláos como podáis: quiero mis sábanas mañana mismo por la mañana; ¿oís?

Hubo un momento de silencio. Lo que aumentaba la turbación de Gervasia era el ver entreabierta, detrás de ella, la puerta del cuarto de Gouget. El herrero debía estar allí, lo adivinaba; y ¡qué bochorno si oía todos aquellos reproches merecidos, á los que nada podía contestar! Hacíase la humilde, la atenta, bajando la cabeza y colocando la ropa sobre la cama, con la mayor presteza posible. Pero la escena se agravó cuando la señora Gouget empezó á examinar las piezas, una por una. Las cogía y luego las dejaba, diciendo:

—¡Vais perdiendo por completo vuestra habilidad! No se os puede ya complimentar todos los días... Sí, actualmente ensuciáis, emporcáis la ropa... Tomad, ved

esa pechera de camisa, quemada y con las señales de la plancha en los pliegues. ¡Y los botones saltados! No sé cómo os componéis; pero el caso es que nunca queda un botón... ¡Hola! esta chambra no os la pago... ¿La veis?... Aún está sucia; no habéis hecho más que extender con la plancha el sudor... ¡Vaya! si la ropa no ha de venir siquiera limpia...

Y se detuvo, contando las piezas. Después exclamó: —¡Cómo! ¿esto es lo que traéis?... Faltan dos pares de medias, seis servilletas, un mantel, trapos... ¿Os burláis de mí, por ventura? Os he mandado á decir que me lo trajeseis todo, planchado ó sin planchar. Si dentro de una hora vuestra aprendiz no ha venido con lo restante, os prevengo, señora Coupeau, que nos vamos á enfadar.

En aquel momento Gouget tosió en su cuarto. Estremecióse ligeramente Gervasia. ¡Dios mío! ¡cómo le trataban ante él y permaneció en medio de la habitación, perpleja, confusa, esperando la ropa sucia. Entre tanto, después de haber repasado la cuenta, había vuelto la señora Gouget á sentarse tranquilamente en su sitio, junto á la ventana, ocupándose en el remiendo de una chal de encaje.

—¿Y la ropa?—preguntó tímidamente la planchadora.

—Gracias—respondió la encajera, no hay ropa esta semana.

Gervasia palideció. Perdía aquellos clientes. Entonces, trastornada completamente, hubo de sentarse en una silla, porque sus piernas se negaban á sostenerla. Y no trató de defenderse; solamente le ocurrió esta frase:

—¿Está enfermo el señor Gouget?

Si, estaba enfermo, había vuelto á casa, en vez de dirigirse á su fragua y acababa de echarse un rato en la cama para reponerse. La señora Gouget decía esto con seriedad, seriedad que aumentaba su bata negra, como de costumbre y su pálido rostro encuadrado en su toca monacal. Se habían rebajado todavía más los jornales de los herreros, cayendo de nueve francos á siete, á causa de las máquinas que actualmente hacían todo el trabajo. Por ello se veía precisada á hacer economías, y tenía pensado volver á lavarse la ropa.

Naturalmente, no le hubiera venido mal que los Coupeau le hubiesen devuelto el dinero que les prestó su hijo; pero no les mandaría los alguaciles, constándole que no podían pagar. Desde que empezó á hablar de la deuda, Gervasia, con la cabeza baja, parecía seguir con la vista el ágil movimiento de la aguja recomponiendo las mallas una por una.

—Sin embargo—continuó la encajera,—reduciéndoos un poco, llegaréis á saldar esta cuenta. Porque, al fin y al cabo, coméis muy bien y gastáis mucho, estoy segura de ello... Y aunque sólo nos dieseis diez francos cada mes...

Aquí le interrumpió la voz de Gouget, que gritaba:

—¡Mamá! ¡mamá!

Levantóse la encajera en dirección á la alcoba, y cuando volvió á ocupar su sitio dió un nuevo sesgo á la conversación. Sin duda el herrero le había suplicado que no pidiese dinero á Gervasia. Empero, á pesar suyo, á los cinco minutos volvió á hablar de la deuda. ¡Ah! Ya había previsto lo que sucedía; el plomero se bebía la tienda y dejaba por puertas á su mujer. Así, pues, si su hijo le hubiese hecho caso, no hubiera prestado los quinientos francos, se habría casado y no se moriría de tristeza, con la perspectiva de ser desgraciado toda la vida. Y animábase y trataba con dureza á Gervasia acusándola sin rodeos de haberse puesto de acuerdo con Coupeau para abusar del inocentón de su hijo. Si, mujeres había que representaban el papel de hipócritas años enteros, y cuya mala conducta acababa por ostentarse á la luz del día.

—¡Mamá! ¡mamá!—volvió á llamar la voz de Gouget, con más violencia.

Acudió ésta por segunda vez, y cuando reapareció dijo volviendo á su trabajo:

—Entrad; ¡quiere veros!

Gervasia, temblorosa, dejó entornada la puerta. Aquella escena la conmovía porque era como la confesión de su cariño ante la señora Gouget. Encontró la pequeña alcoba tranquila como siempre, cubierta de grabados, con su estrecha cama de hierro, parecida á la alcoba de un muchacho de quince años. El hercúleo cuerpo

30842

de Gouget, con los miembros quebrantados por la confidencia de mamá Coupeau, yacía tendido en la cama, enrojecidos los ojos por el llanto y humedecida aún con las lágrimas su bella barba rubia. Sin duda debía haber destrozado la almohada con sus puños terribles, en su primer arrebato de furor, por cuanto la pluma salía á través de la rajada tela.

—Escuchad, mamá no tiene razón—dijo á la planchadora con voz casi apagada.—No me debéis nada; y no quiero que se me hable de eso.

Habíase incorporado, y la contemplaba. Gruesas lágrimas inundaban sus ojos.

—¿Sufrís, señor Gouget?—murmuró ella.—Queréis decirme qué tenéis?

—Nada, gracias. Ayer me fatigué mucho y voy á ver si duermo un poco.

Después, dislacerado el corazón, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me habíais jurado que jamás pasaría lo que ocurre... y sin embargo, pasa... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Si supieseis cuánto daño me hacéis... ¡marchaos!

Y, con la mano, la despedía con suplicante dulzura. Ella no se acercó á la cama y se fué, como le decía, atontada, sin ocurrírsele frase alguna para consolarle. En la sala recogió su cesto, y no salía, como si quisiese encontrar algo que decir. La señora Gouget continuaba su tarea, sin alzar la cabeza. Por último, ella fué la que rompió el silencio:

—¡Vaya! ¡buenas tardes! mandadme mi ropa y después echaremos cuentas.

—Sí, eso es, buenas tardes—balbuceó Gervasia.

Y cerró la puerta lentamente, dirigiendo una mirada á aquel hogar limpio, ordenado, donde le parecía que dejaba algo de su honradez. Volvió á la tienda con el aire estúpido de las vacas que regresan al establo, sin fijarse en el camino. Mamá Coupeau estaba sentada en una silla, junto al hornillo; acababa de levantarse de su cama por primera vez. Mas la planchadora ni siquiera le dirigió un reproche; estaba demasiado fatigada, tenía doloridos los huesos, como si la hubiesen apaleado, pensaba que la existencia era dema-

siado dura al fin, y que de no reventar en el acto, no podía, sin embargo, arrancarse por sí misma el corazón.

Actualmente, Gervasia se burlaba de todo. Hacia un gesto peculiar con la boca, para enviar á paseo á todo el mundo.

A cada nuevo disgusto, engolfábase en el único placer de hacer tres comidas al día. Ya podía hundirse la tienda, que con tal que no la hallara debajo, hubiérase ido de muy buena gana de allí, sin una camisa. Y la tienda se hundía, no de un golpe, sino paulatinamente, desde la mañana hasta la noche. Uno por uno los parroquianos enfadábanse y llevaban su ropa á otra parte. El señor Madinier, la señorita Remanjou, hasta los mismos Boche, habían vuelto á casa de la señora Fauconnier, donde se les servía con más exactitud.

La gente se cansaba de reclamar un par de calcetines durante tres semanas y de ponerse camisas con las mismas manchas que la semana anterior. Gervasia, sin perder un boeado, les gritaba: «¡buen viaje!» y les ponía como ropa de Pascuas, considerándose muy contenta de no tener que andar con las manos en sus porquerías. ¿Y qué? Ya podía abandonarla el barrido entero; así se vería desembarazada de un montón de inmundicias, y menos tendría que trabajar. En el interin, conservaba solamente los malos pagadores, las callejeras, las mujeres como la señora Gaudrón cuya ropa no quería ninguna lavandera de la calle Neuve, por lo mal que olía.

La decadencia del establecimiento la había obligado á despedir á su última oficiala, la señora Putois, quedándose sola con su aprendiz, la bisoja Agustina que, á medida que crecía, se hacía más torpe; y aun no siempre había trabajo para las dos, y se pasaban sentadas muchas tardes en sus taburetes. En una palabra, un hundimiento completo, oliendo á ruina.

Naturalmente, á medida que la pereza y la miseria entraban, entraba también la suciedad. Nadie hubiera podido reconocer ya aquella linda tienda azul, color de cielo, que era el orgullo de Gervasia.

Las molduras y los cristales del aparador, que se

Olvidaba de lavar, estaban salpicados de arriba abajo por el barro de los coches. Dentro del aparador, colgaban de las varillas tres guñapos sucios de polvo, abandonados por parroquianas que habían muerto en el hospital. Todavía era más lamentable el interior: la humedad de las ropas que se secaban junto al techo había despegado el papel que colgaba á tiras, semejantes á telarañas, cargadas de polvo; el hornillo roto y agujereado á golpes de atizador ofrecía el aspecto de esos armatostes de hierro viejo que se ostentan en las prenderías; el mostrador, manchado de café y de vino, emplastado de confitura, grasiento de las comilonas de los lunes, parecía haber servido de mesa á una guarnición. A ello uníase un olor de almidón agrio, una hediondez compuesta de moho, de bodrio y de sudor. Y, sin embargo, Gervasia se encontraba perfectamente allí.

No había visto ensuciarse la tienda; abandonábase y se acostumbraba al papel roto, á las molduras graciosas, del mismo modo que había llegado á llevar las sayas llenas de rasgones y á no limpiarse las orejas. La suciedad era ya para ella un caliente nido, donde la deleitaba acurrucarse. Dejar las cosas sin orden, esperar que el polvo tapase los agujeros y se extendiese como un velillo por todas partes, sentir aumentarse en torno suyo el peso de la casa en un sopor de holgazanería, era una especie de voluptuosidad que la embriagaba.

Que la dejasen tranquila, era su principal deseo; lo demás le importaba un camino. Las deudas cada día mayores, ya no la torturaban. Su probidad iba decayendo gradualmente, pagaría ó no pagaría, ¡vaya usted á saberlo! y prefería ignorar lo que pasaría. Cuando se le concluía el crédito en una casa, abría otro en la lado. Recorría así el barrio entero y, á cada diez pasos, tropezaba con un «inglés». En la sola calle de la Goutte d'Or no se atrevía á pasar por delante del carbonero, ni del droguero, ni de la frutera, viéndose precisada á dar un rodeo por la calle des Poissonniers cuando se dirigía al lavadero, perdiendo así diez minutos al menos.

Los proveedores se presentaban á la tienda á lla-

marla «bribona». Una noche, el ebanista que había vendido los muebles de Lantier escandalizó á los vecinos, vociferando que le remangaría las faldas y se cobraría en su persona, si no le entregaba su dinero. Verdad es que tales escenas la dejaban temblorosa; pero acababa por sacudirse como un perro zurrado, y ¡punto concluido! comiendo por la tarde, con el mismo apetito de siempre.

¿A qué venían á jeringarla aquellos insolentes? Si no tenía dinero ¿pensaban que iba á fabricarlo para ellos? Por otra parte, siendo tan ladrones los tenderos, bien podían aguardar. Y volvía á dormir en su agujero, evitando el pensar en lo que necesariamente había de suceder. Ya daría el tumbó cuando llegase el caso; ¡pardiez! pero, hasta entonces ¡que no la molestasen!

Entre tanto, mamá Coupeau se había restablecido. Durante un año todavía el establecimiento se fué aguantando. En verano, naturalmente, había siempre algún trabajillo más, con las enaguas y los vestidos de percal de las mujerzuelas de los bulevares exteriores.

Aquello iba dando la voltereta lentamente, cada semana hundíase más y más la nariz en el cieno, con sus altos y bajos; sin embargo, hubo noches en las que debían contentarse rascándose la barriga ante la vacía mesa, y otras en que se atracaban de ternera hasta reventar.

Continuamente se veía á mamá Coupeau en la calle, ocultando paquetes debajo del delantal, dirigiéndose como quien da un paseo, hacia la sucursal del Monte de Piedad, calle Polonceau. Arqueaba las espaldas, con el aspecto meloso y glotón de una devota que va á misa, pues no le desagradaba aquello, divirtiéndola sobremanera los tapujos de dinero y deleitándose en aquellos agios que titulaban sus pasiones de vieja comadre. Los empleados de la calle Polonceau la conocían ya, y la llamaban la tía «Cuatro francos», porque siempre pedía cuatro francos cuando le ofrecían tres por sus desmedrados lotes.

Gervasia hubiera vendido al por menor la casa entera; estaba poseída de la manía del empeño y se habría rapado la cabeza si le hubiesen prestado dinero por sus cabellos. Aquello era muy cómodo y una no-

podía menos de ir á buscar dinero allí, cuando necesitaba un pan de cuatro libras. Todo lo de la casa iba á parar al benéfico establecimiento, la ropa blanca, los vestidos y hasta las herramientas y los muebles.

Al principio, aprovechaba Gervasia las semanas productivas para desempeñar, sin perjuicio de volver á empeñar la semana siguiente. Después, burlóse de las prendas empeñadas, las dejó perder y vendió las pa-peletas. Una sola cosa le partió el corazón y fué tener que empeñar su reloj de sobremesa para pagar un recibo de veinte francos á un alguacil que había ido á embargar.

Hasta entonces, había jurado que antes se dejaría morir de hambre que empeñar su reloj. Cuando mamá Coupeau se lo llevó dentro de una sombrerera de cartón, cayó Gervasia sobre una silla, con los brazos inertes y llenos de lágrimas sus ojos, como si le arrebatasen toda su fortuna. Mas, al reaparecer la anciana con veinticinco francos, este préstamo inesperado, estos cinco francos de beneficio la consolaron y al momento mandó á su suegra por cuatro sueldos de aguardiente, con el único objeto de festejar la moneda de cien sueldos. A menudo, ahora, cuando las dos estaban en paz, echaban su traguito, en un ángulo del mostrador, mezclando mitad de aguardiente y mitad de grosella. Mamá Coupeau tenía un «chic» especial para traer el vaso lleno en el bolsillo del delantal, sin que se derramase una gota.

Ninguna necesidad había de que se enterasen los vecinos ¿verdad? y la verdad era que los vecinos estaban perfectamente enterados. La frutera, la tripicalle-ra, los dependientes del droguero, exclamaban: «¡Toma! ¡la vieja va á casa de mi tía! (1)» ó bien: «¡Toma! ¡la vieja lleva su aguardiente en el bolsillo!» Y esto, como es consiguiente, sublevaba todavía más al barrio contra Gervasia, la cual seguía engulléndose todo y acababa ya de tragarse la tienda. ¡Sí, sí! tres ó cuatro bocados más y el sitio quedaba limpio como fondo de cesta!

(1) El Monte de Piedad, como si dijéramos el hermano de la «tía Misericordia»

En medio de aquella demolición general, Coupeau prosperaba. El maldito bebedor se conservaba que era un encanto. Positivamente, el peleón y el vitriolo le engordaban. Comía mucho, mofábase del aprensivo Lorilleux que acusaba á la bebida de matar á las gentes, y le respondía dándose palmadas en el vientre, cuya piel distendida por la gordura, parecía el parche de un tambor, ejecutando sobre él una tocata, las vísperas de tragadero, redobles y golpes de bombo capaces de hacer la fortuna de un sacamuelas. Mas Lorilleux, vejado porque no podía echar barriga, decía que aquella era gordura amarilla, de mala calidad. Y á pesar de esto, Coupeau se emborrachaba más y más, para conservar la salud. Sus cabellos, de color de sal y pimienta, agitados por el viento, parecían echar llamas, como un brulote. Su faz de borracho, con su mandíbula de mico, adquiría un color de vino azulado.

Continuaba alegre como un niño y dando empellones á su mujer, cuando á ésta se le ocurría contarle sus apuros. ¿Por ventura han nacido los hombres para descender á semejantes aburrimientos? Si no había pan en casa, no le importaba nada. Cuando pasaba alguna semana sin trabajar, era todavía más exigente. Por lo demás, continuaba dando amistosas palmaditas en el hombro á Lantier. Seguramente, ignoraba la mala conducta de su mujer; al menos algunos, los Boche, los Poisson, juraban por lo más sagrado que no sospechaba nada y que pasaría una catástrofe si algún día lo llegaba á saber. Mas la señora Lerat, su propia hermana, movía la cabeza, refiriendo que conocía á maridos á quienes no disgustaban estas cosas.

Una noche, la misma Gervasia, cuando salía de la alcoba del sombrerero, se quedó helada al recibir un golpe en la nalga, mas luego se tranquilizó creyendo que había chocado contra los pies de la cama. En verdad, la situación era demasiado terrible para que pudiese su marido divertirse en gastar bromas.

Lantier, por su parte, tampoco se desmejoraba. Cuidábase mucho y media su vientre con la cintura del pantalón, con el continuo temor de haber de estrechar ó de aflojar la hebilla; encontrábase muy bien tal como estaba y no quería engordar ni adelgazar por

completo. Esto le hacía sumamente descontentadizo en cuestión de comidas, pues calculaba todos sus platos para no aumentar ni disminuir de talle. Hasta cuando no había un sueldo en casa, habían de darle al señorito huevos, chuletas y cosas nutritivas y ligeras.

Desde que compartía la patrona con el marido, considerábase como mitad integrante de la familia; recogía las monedas de veinte sueldos que encontraba por el suelo, mandaba á Gervasia por señas, refunfuñaba, vociferaba y parecía más amo de casa que el plomero mismo. En una palabra, era aquella una casa de dos dueños. Y el dueño de lance, más avispado, tiraba de la manta para sí, y se reservaba lo mejor de todo, de la manta para sí, y de lo restante. Desnataba á los Coupeau ¡si tall! y no le daba cuidado alguno batir sus mantecas en público. Naná era su preferida, porque le gustaban las niñas bonitas, y cada vez se ocupaba menos de Esteban, diciendo que los muchachos deben saber salir de apuros ellos solos.

Cuando alguno iba á preguntar por Coupeau, encontraban siempre al sombrerero en babuchas, en mangas de camisa, saliendo de la trastienda con el semblante mohino de un marido á quien se incomoda y contesta por Coupeau, diciendo que era lo mismo.

Entre estos dos caballeros, Gervasia no tenía motivos para reír todos los días. Verdad es que no podía quejarse de su salud, pues, á Dios gracias, engordaba y quizá demasiado. Pero eso de tener siempre á costas dos hombres que cuidar y contentar sobrepujaba á menudo á sus fuerzas. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¿no estropea ya de sobra el temperamento un solo marido? Lo peor era que los tres tunantes se entendían perfectamente. Nunca disputaban; contemplábanse unos á otros, riendo, por las noches, después de comer, apoyados de codos en la mesa; y unos contra otros se restregaban el día entero, como gatos que se buscan y se recrean.

Los días en que volvían enfadados á casa, descargaban su murria sobre Gervasia. ¡Andando! ¡zurra á la bestia! Y como la bestia tenía el riñón bien cubierto, su intimidación tomaba mayores creces. ¡Y guay de que se atreviese á replicar! Al principio, cuando uno gritaba, suplicaba ella al otro con el rabillo del ojo, como

pidiéndole una frase de cariño; mas, viendo que la estratagema no surtía efecto, acabó por resignarse y encogía sus gruesos hombros, comprendiendo que se divertían en zurrarla, al verla redonda como una pelota.

Coupeau, que era muy mal hablado, la apostrofaba con motes abominables.

Lantier, al contrario, escogía sus apodos, rebuscando palabras que nadie dice y que le herían más. Afortunadamente á todo se acostumbra la gente; las palabras, las injusticias de los dos hombres acababan por resbalar sobre su fino cutis, como sobre una tela encerada. Hasta había llegado á preferir que estuviesen encolerizados, porque cuando estaban amables, la encoraban todavía más, siempre pegados á ella y sin dejarla planchar tranquilamente un gorro. En tales casos, le pedían platos delicados, exigiendo que no estuviesen salados ni sosos; no debía contradecirles en lo más mínimo, y por remate, había de mimarlos y meterlos en la cama, uno después de otro.

Al fin de la semana, tenía la cabeza hecha un bombo y los miembros molidos, y se quedaba como alelada; con unos ojos que parecían de demente. Y es que un trajín como ese es capaz de gastar á la más pintada.

Sí, Coupeau y Lantier la gastaban de veras, quemándola por ambos cabos, como una candela. Seguramente el plomero carecía de instrucción; pero el sombrerero tenía demasiada, ó al menos una instrucción cual la camisa limpia con que las gentes desaseadas cubren la suciedad de su cuerpo. Una noche, soñó Gervasia que se encontraba al borde de un pozo; Coupeau la empujaba hacia él de un puñetazo, mientras que Lantier le hacía cosquillas en los riñones, para hacerla caer más de prisa. ¡Pues bien! este sueño retrataba su vida. ¡Ah! viviendo en tan buena escuela ¿tenía algo de extraño que se apandorgara? Las gentes del barrio eran muy poco justas cuando le echaban en cara los malos modales que adquiría, pues su desgracia no procedía de ella.

A veces, cuando reflexionaba, apoderábase de su cuerpo un escalofrío. Después, pensaba que las cosas po-

ñían haber sido peores. Por ejemplo, más valía tener dos hombres que haber perdido los dos brazos. Y encontraba muy natural su posición, una posición como tantas hay, y procuraba rodearse en ella, de toda la felicidad posible.

La prueba de que la cosa se encenegaba bonachonamente, era que Gervasia no detestaba más á Coupeau que á Lantier. En un drama, en la Gaité, había visto á una zorróna que abominaba á su marido y lo envenenaba á causa de su amante; y se enfadó porque no sentía tales impulsos en su corazón. ¿No era más razonable vivir en buena armonía los tres? No, no, nada de tales bestialidades; eso desarregla la vida, que ya de suyo nada tiene de alegre.

Finalmente, á pesar de las deudas, á pesar de la miseria que les amenazaba, hubiérase dado por muy satisfecha y muy contenta, si el plomero y el sombrerero la hubiesen dejado más tranquila.

Desgraciadamente, á principios de otoño la tal familia se averió más. Lantier pretendía que iba enflaqueciendo, y que la nariz se le alargaba de día en día. Gruñía por todo, refunfuñaba por los guisotes de patatas, vulgar menestra de la que no podía comer, según decía, sin que le diesen cólicos.

Las menores reyertas, actualmente, concluían por agarradas, en las que se tiraban la miseria de la casa á la cabeza, y era un trabajo de mil diablos el reconciliarse antes de irse á dormir cada cual en su almohada. En casa que no hay harina, todo se vuelve moha, ¿verdad? Lantier olfateaba la ruina completa y le exasperaba el ver la casa ya comida y tan completamente limpia, que veía, cercano el día en que se vería precisado á tomar su sombrero y á buscar en otro sitio el nido y la pitanza. Se había acostumbrado á su agujero, donde lo pasaba tan recreado, tan mimado, como en una verdadera Jauja, cuyas delicias no lograría reemplazar. ¡Caramba! uno no puede hallarse repleto y tener todavía las tajadas en el plato. Bien mirado, se encolerizaba contra su vientre, pues en aquella fecha tenía dentro de su vientre la casa toda.

Mas él no racionaba así y guardaba un violento

rencor contra los demás porque se habían dejado desplumar en dos años. En verdad, los Coupeau nada tenían de previsores. Entonces empezó á gritar que Gervasia carecía de economía. ¡Rayo de Dios! ¿qué iba á ser de ellos? Precisamente le abandonaban sus amigos en aquel momento, cuando estaba á punto de realizar un magnífico negocio, seis mil francos de sueldo en una fábrica, con lo cual había para que nadase en el lujo toda la familia.

Una tarde de diciembre, comieron de memoria. Ni siquiera había un rábano en casa. Lantier, muy preocupado, salía cada mañana temprano, á pasear la calle en busca de otro camaranchón donde el olor de la cocina desarrugase los semblantes. Después, de repente, comenzó á mostrar gran cariño por los Poisson.

Ya no motejaba al municipal llamándole Badingue, y llegaba hasta el extremo de convenir en que tal vez el emperador era un buen muchacho. Sobre todo, parecía estimar á Virginia, mujer de carácter, según decía, y muy capaz de llevar las riendas de su casa. Era evidente que les echaba el anzuelo. Hasta podía creerse que tenía la intención de irse de huésped á su casa. Pero el sombrerero tenía un cacumen de doble fondo; mucho más complicado que todo esto. Habiéndole manifestado Virginia el deseo de establecer una tienda, andaba siempre alrededor de ella, declarando que era un gran proyecto. Sí, aquella morena, buena moza, complaciente, activa, parecía nacida para el comercio. ¡Oh! ganaría cuanto quisiese. Y puesto que el dinero estaba pronto desde hacía largo tiempo, aquel dinero procedente de la herencia de una tía, tenía mucha razón en dejar los cuatro vestidos que cosía en cada estación, para lanzarse á los negocios; y citaba, en apoyo de su dicho, á gentes que estaban en camino de realizar una fortuna, la frutera de la esquina, una vendedora de loza del bulevar exterior, añadiendo que no podía darse ocasión más oportuna que aquella, pues á la sazón hasta se venderían las barreduras de los mostradores.

Sin embargo, Virginia vacilaba; andaba en busca de una tienda para alquilar por allí cerca, pues no quería abandonar el barrio. Entonces Lantier empezó á lle-

vársela á los rincones y pasaba conversando con ella periodos de diez minutos. Parecía como impulsarla á la fuerza á una resolución, y ella no decía que no, sino más bien podía decirse que le autorizaba á obrar. Era aquello como un secreto urdido entre ambos, con guiños de ojos, palabras rápidas; una sorda maquinación, que se traslucía hasta en sus apretones de manos. Desde aquel entonces, el sombrerero, mientras comía su pan á secas, acechó á los Coupeau con miradas de soslayo, y charlaba sin descanso, aturdiéndoles con sus continuas jheremiadas.

Durante todo el santo día complacábase en hacer resaltar á la vista de Gervasia la miseria en que vivían. Y no lo decía por él ¡Dios clemente! pues por su parte estaba decidido á morir de hambre con sus amigos, hasta el fin. Sólo que la prudencia exigía hacerse cargo de la verdadera situación. Lo menos debían quinientos francos en el barrio, al panadero, al droguero y á otros. Además, estaban atrasados de dos trimestres de alquiler, lo que sumaba doscientos cuarenta francos más, y el propietario, el señor Marecot, hablaba ya de echarlos á la calle si no le pagaban antes del 1.º de enero. Finalmente, el Monte de Piedad se lo había llevado todo, y la casa había quedado tan limpia con ello, que ni siquiera podría reunirse con que sacar un puñado de tres francos; en las paredes sólo quedaban los clavos, que á todo tirar podían pesar dos libras, á tres sueldos libra. Gervasia, petrificada al oír tales resúmenes, exasperábase y daba puñetazos sobre la mesa ó acababa por echarse á llorar como una imbecil. Una noche exclamó:

—¡Mañana me largo!... Prefiero dejar la llave debajo de la puerta y dormir en la acera, á continuar viviendo con estas angustias!

—Más prudente sería—contestó socarronamente Lantier—traspasar la tienda si se encuentra comprador... cuando estéis resueltos los dos á dejarla.

Interrumpióle Gervasia con mayor violencia:

—¡En seguida, en seguida!... ¡Ah!... ¡Qué carga me quitaría de encima!

Entonces el sombrerero se mostró sumamente práctico. Cediendo el arriendo, podrían obtenerse del nue-

vo inquilino los dos trimestres atrasados del alquiler; y se arriesgó á hablar de los Poisson, recordando que Virginia buscaba una tienda; tal vez pudiera convénirle aquella. Hasta le parecía haberle oído decir que ría una igual. Pero la planchadora, al oír el nombre de Virginia, recobró repentinamente su calma y contestó que lo pensaría, que en un arrebato de cólera siempre dice una que abandonará su casa, pero que reflexionándolo bien, la cosa no parece tan fácil.

En vano los días siguientes reanudó Lantier sus letanías, pues Gervasia le contestaba que se había visto en apuros mayores y se había salido de ellos. ¡Vaya un adelanto, quedarse sin la tienda! Eso no la daría un bocado de pan. Al contrario, pensaba tomar otra vez oficiales y hacerse con una nueva clientela. Y esto lo decía para rebatir los argumentos del sombrerero, que la presentaba completamente caída, aplastada por los gastos, sin la más mínima esperanza de ponerse en pie. Mas tuvo la poca maña de pronunciar nuevamente el nombre de Virginia, y entonces la planchadora se mantuvo más furiosamente seria. ¡No, no, jamás! Siempre había dudado del corazón de Virginia; si Virginia ambicionaba la tienda, era para humillarla. Tal vez la hubiera cedido á la primera mujer que pasara por la calle, pero de ningún modo á aquella hipocritona que estaba esperando, sin duda, desde hacía años, el verle dar la voltereta.

¡Oh! Aquel empeño lo aclaraba todo. Ahora comprendía por qué despedían chispas amarillas los ojos de gato de aquella cotorra. Sí, Virginia no había digerido aún la zurra del lavadero y crecía lentamente su rencor en el rescoldo. Pues bien, que se guardase la zurra aquella en su frasco, si no quería sentir la segunda. ¡Y á fe que ya podía preparar el trasero, pues la cosa no iba á tardar mucho! Lantier, ante este desbordamiento de palabrotas, empezó regañando á Gervasia, llamándola cabeza dura, costal de chismes, doña Rencores y llegó hasta el extremo de tratar al mismo Coupeau de marica, acusándole de no saber hacer respetar á un amigo por su mujer. Después, comprendiendo que la cólera iba á echarlo todo á perder, juró que no volvería á meterse en asuntos ajenos, pues siempre